
La pureza intrínseca de los oscurecimientos: una visión dzogchen

James Low

Noviembre 2011

Traducido por Isabel Vidarte

El samsara, el movimiento interminable de los seres en los seis reinos de existencia, tiene mala prensa en el budismo. Surgida de la ignorancia y el apego, se la compara a un pantano. Hundidos en la pegajosa oscuridad de nuestras habituales interpretaciones, actuamos en función de presunciones que nos llevan a conclusiones erróneas con su pseudo-claridad.

La práctica budista está diseñada para sacarnos de esta confusión. Busca caminos al nirvana, un estado de paz, libre de esfuerzo y aflicción. Hay por supuesto diferentes prácticas, cada una con su propia visión, meditación, actividad y resultado.

En el nivel más general, hay métodos para evitar que las apariencias sean causa de dolor. Evitarlo depende de la voluntad para renunciar al tirón tentador de los objetos y patrones a los que tendemos a sucumbir. Significa que tenemos que replantear nuestra experiencia. Detalles y situaciones que nuestra cultura tacha de buenas, se ven ahora malas y peligrosas. Por ejemplo, las costumbres sexuales dominantes en los países occidentales, animan a los jóvenes a experimentar y a averiguar por sí mismos lo que les gusta y lo que no, lo que consideran 'bueno' o 'malo' como individuos. Sin embargo, desde el momento en que establecemos qué es bueno para nosotros, nos encerramos en poderosos patrones de identificación repetitiva y de reactividad.

Para renunciar a dichos patrones culturales, debemos encontrar otro lugar al que ir, un entorno que preserve una manera diferente de vivir. Tradicionalmente, sería una comunidad monástica donde la simplicidad de la estructura cotidiana promueva un estado de ánimo de introspección tranquila, optimizando la posibilidad de ver lo que uno puede. Por desgracia, esa manera de vivir parece un puente demasiado lejano para la mayoría de los budistas que viven en Occidente.

Si no cortamos con la turbulencia cotidiana de la vida mundana, ¿cómo continuar con la práctica del dharma siendo tan vulnerables al poder de los oscurecimientos? El término 'oscurecimiento' se refiere a esas tendencias activadas fácilmente que cubren, disfrazan y ocultan nuestra naturaleza de buda, nuestro potencial para despertar del sueño de la ignorancia.

Los oscurecimientos se organizan en dos categorías: los que surgen de los estados de ánimo, de las emociones e impulsos aflitivos, y los que lo hacen de la dependencia de falsos conocimientos, del hábito de tomar la ilusión como 'realidad'. En concreto, estar bajo el poder de los oscurecimientos es no percibir la naturaleza real de lo que experimentamos ni tampoco la naturaleza del que lo experimenta.

La mayoría de los caminos del dharma se centran en purificar o eliminar los oscurecimientos que malinterpretan lo que nos sucede. El primer paso consiste en formular un balance más exacto de lo que realmente ocurre. Por ejemplo, tomamos los fenómenos como auto existentes, relacionándonos con ellos como si fueran entidades separadas, cada cual con su propia naturaleza inherente. Debido a tal orientación, experimentamos un mundo lleno de cosas en el que también somos cosas. Definimos lo que nos rodea de acuerdo a las categorías que facilita nuestra cultura y, de manera similar, nos describimos en términos de las características y cualidades en boga.

La cosificación y objetivación que consolida dichas tendencias es invisible para los que creen que es lo que hay, que la vida es así. Sin embargo, el dharma centra la atención en el sufrimiento generado por esta inmersión en la casualidad. Analizar nuestra experiencia de los fenómenos a través de la estructura de los cinco skandas abre una nueva perspectiva que nos ayuda a no caer en ello. Estar atento a la fugacidad de todos los fenómenos, y especialmente a la naturaleza transitoria de los sucesos mentales, nos abre los ojos a la naturaleza dinámica de la experiencia como revelación en desarrollo, libre de entidades fijas.

Pero seguimos atrapados en la realidad aparente de lo que pasa. Parece que hay un montón de trabajo por hacer para limpiar los oscurecimientos y desarrollar las cualidades de un ser iluminado. Se vislumbran millones de vidas en las que necesitaremos estar en paz. Desarrollar la intención de bodhisattva de salvar a todos los seres, da valor y propósito, reforzado por el sentido del refugio, de no estar solo, que protege del callejón sin salida del héroe solitario, inmerso en la fantasía de que "todo depende de mí".

Y a esto se pueden añadir las poderosas prácticas de purificación del tantra budista. Vincular nuestra identidad a los diversos seres en un mandala, permite una transformación de la forma habitual y familiar de andar por la vida. Las estructuras kármicas inestables se disuelven en las formas fiables que emanan del despertar de buda. Nos vinculamos a estos modos iluminados a través de la repetición de la visualización, los mantras, mudras, ofrecimientos, etc. Progresivamente, nos liberamos del dominio samsárico en el que los oscurecimientos son omnipresentes. Si no hacemos la práctica, no conseguimos el resultado.

Estos métodos útiles mencionados, tienen una cosa en común: se basan en el esfuerzo individual. Deben aplicarse los antidotos, de lo contrario los venenos del samsara seguirán operando en nosotros velando nuestro juicio y promoviendo la actividad impulsiva y liada. Cada día, nuevas situaciones nos confrontan con el límite de nuestra práctica, con nuestra falta de claridad y torpeza en los medios hábiles. El árbol del samsara continúa creciendo y, como con las cabezas de Medusa, cuantas más ramas cortemos, más ramas crecen. Se requiere una vigilancia incesante y animarnos a seguir el rastro y evitar la distracción.

La tradición dzogchen, sin embargo, ofrece una mirada diferente de la situación. En lugar de centrarse en evitar, dirigir o transformar lo que ocurre, nos lleva directamente a la naturaleza de la experiencia. Haya o no un mundo 'objetivo', está claro que accedemos sólo a nuestra experiencia. Todo lo que vemos, oímos, olemos, saboreamos, tocamos, pensamos o sentimos es una imagen, el producto de nuestra imaginación. La mente se revela a través del juego incesante de imágenes que surgen como nuestro sentido de los objetos externos y las opiniones internas, comprensiones, etc. El flujo de experiencia es incesante.

En la forma dualística de referencia, nos experimentamos como una consciencia que se acopla al mundo que nos rodea. La naturaleza plural de esta consciencia se describe en la literatura budista y, en particular, que el sujeto, nuestra 'mente consciente', siempre toma un objeto. Es decir, somos siempre conscientes de algo; la consciencia y sus objetos surgen juntos y pasan juntos. Lo que vemos es que lo que tomamos por nosotros - nuestra identidad particular, individual, personal - es un flujo

de experiencias aparentemente 'internas' que surgen en tándem con el flujo de experiencias aparentemente 'externas'. No son dos dominios separados. Sujeto y objeto son siempre cambiantes. No hay un ego fijo. Y sin embargo, hay una continuidad en nuestro sentido de estar vivos, de existir, de experimentar.

Si el contenido de nuestra experiencia es siempre cambiante, ¿qué hay estable y fiable? La presencia lúcida misma, nuestra verdadera naturaleza, que no es una cosa, ni una sustancia o esencia secreta especial. Inseparable de la vacuidad, la presencia lúcida es pura, libre de mancha o impurezas. Al no tener sustancia, es inasible y 'nada' puede contaminarla. De hecho ¿qué más hay? Cuando prestamos atención a la experiencia de cada momento, en la práctica de estar presente con lo que ocurre, no encontramos ningún límite definido. Nuestra mente, nuestra naturaleza, es desnuda, no cubierta por conceptos, recuerdos, hábitos o interpretaciones. Es fresca, abierta a cada momento como el primer momento. En este estado, no hay oscurecimientos ni nada que oscurecer. Al descansar en la presencia lúcida somos apertura infinita no nacida, el campo radiante de experiencia y el momento único de nuestra co-emergencia en el mundo con los otros. Estos tres aspectos están integrados naturalmente; al despertar a esto, nuestro sentido habitual del yo se relaja en su propia base y se libera de la carga de responsabilidad. Las dificultades de la existencia parecen muy diferentes de la posición ventajosa sin límites de la presencia.

¿Cómo puede ser tan simple y sin embargo no conseguirlo? Bien, porque buscamos algo. Tratamos de buscar nuestra naturaleza de buda como si fuera una versión mejor de nuestro yo cotidiano. Es un gran error, un tipo de ilusión antropomórfica. La base de nuestro ser es abierta, presencia infinita siempre presente. No tenemos que hacerla o buscarla o purificarla o desarrollarla. Al relajar la implicación en el negocio del samsara y en el de muchos caminos al nirvana, nos encontramos donde necesitamos estar, donde hemos estado siempre, en ningún lugar, en todos y aquí mismo.